



Ecós familiares. El escritor Sergi Pàmies, fotografiado hace dos años en Barcelona, publica un libro de relatos con ecós familiares. IVÁN CÁMARA

SERGI PAMIES

Los compañeros de viaje

Varios de los 13 cuentos de 'El arte de llevar gabardina' provienen del intenso archivo familiar. Algunos de ellos son extraordinarios

POR JUAN MARQUÉS

'Bonus track' es la constatación subjetiva y herida de que jamás ha sabido hacer feliz a nadie, ni a sus padres, ni a sus hijos

NA RRA TIVA Es raro que la llamada «autoficción» no acabe, en el fondo, derivando en auto-homenaje, y por eso hay que mostrarse especialmente agradecidos a aquellos escritores que saben volcar su vida en la literatura sin caer en el ombliguismo o en una egolatría mejor o peor disimulada. Pensemos en los poetas: las coplas de Jorge Manrique son un sublime ejemplo de cómo convertir el dolor privado en un alarido universal y una síntesis perfecta de toda una línea de la filosofía, mientras que los poemas de Jaime Gil de Biedma, algunos magistrales, pueden ilustrar hasta qué punto el aburrimiento y el ocasional vacío interior dan lugar a textos que quieren fingir mala conciencia social o desnorte metafísico, pero que, bien leídos, sólo rezuman un exhibicionismo tirando a penoso. A medio camino (lector devoto del primero y –se supone– lectura preferente para el segundo), podría estar Antonio Machado, que supo

airar un yo ya moderno con elegancia, llevar la memoria personal a lo colectivamente relevante, encontrar en su vida errante significados compartibles. El nuevo libro de cuentos de Sergi Pàmies es, en ese sentido, machadiano, y al acierto con el tono se une la cortesía de la brevedad, distancia narrativa en la que el parisino-catalán es un verdadero maestro y que supone, sí, un gesto de amabilidad hacia el que lee cuando no obedece a la pereza por parte del que escribe. Pero es más valioso lo primero: muchos de estos 13 cuentos parecen proceder directamente del archivo familiar y sentimental del propio Pàmies, y entre ellos hay verdaderas obras maestras, como *La paternidad*, *Bielorrusia* o, especialmente, esos dos cuentos de Navidad que son *Villancico paternofíli* y, sobre todo, *Villancico materno*. El libro queda, con todo, enmarcado por textos opuestos que, cómo no, dan buenas pistas: el primero, *Eclipse*, no sólo es pura fic-

ción (y hasta fantasía) sino que está relatado con un tono de distorsión que en parte recuerda al del final de *Sentimental*, su novela de 1995. Y el último texto, abiertamente titulado *Bonus track*, es casi una explicación (y no sé si, en parte, una innecesaria disculpa) de todo lo anterior, la constatación subjetiva y herida (pero sin autocompasión, sólo con un dolor apaciguado) de que jamás ha sabido hacer feliz a nadie, ni a los ilustres padres, ni a su ex mujer, ni a sus hijos, ni al perro al que al final no se adoptó... es decir, los compañeros de viaje de una vida que aquí nos es entregada en pocos pero decisivos momentos, maravillosamente contados. La visita con su padre a unos grandes almacenes de París («la paternidad es un noventa por ciento de improvisación y un diez por ciento de pánico»), la rebeldía y la primera autoafirmación de su propia adolescencia (un tiempo que «a diferencia de la infancia, intentamos borrar rápidamente de la memoria»), los últimos años de su madre («a menudo vale más ser una carga en casa que un

problema fuera»), el crecimiento de los hijos hasta su autonomía y, por último, la separación conyugal (con esos detalles insuperables que han dado a Pàmies el justo prestigio que tiene como observador: «Estamos en la cocina, que siempre me ha parecido el lugar idóneo para decirse las verdades») marcan los hitos de un balance algo escamado pero sabio de quien se ve de repente a las puertas de los 60. Con más dureza contra sí mismo de la que claramente merece, según se adivina por otros detalles (y, ante todo, por la forma de recordarlos, analizarlos y exponerlos), la recapitulación vital de Pàmies se detiene a mitad de libro en el texto más extenso, que es, además, el que explica el título general: en *Yo no soy nadie para darte consejos* vuelven a ser Teresa Pàmies y Gregorio López Raimundo los protagonistas, con sus batallas políticas, la clandestinidad, el exilio, las purgas en el Partido Comunista, la búsqueda de la integridad y los rencores consecuentes (las cicatrices de un excesivo sentido de la coherencia), y con cameos de Jorge Semprún (todo un pretexto

para releerlo) y otros célebres camaradas. El autor, de nuevo, termina el cuento reparando en que podría haber gustado más a su madre, expresando así una culpa muy difusa y hasta dudosa. Borges escribió que cuando muere alguien siempre nos queda la sensación amarga de que no nos hubiera costado nada ser un poco mejores, y ése, el de la mala conciencia relativa, sería el estribillo de este libro: la continua sensación de culpa cuando en realidad no hay nada grave por lo que mortificarse, nada fuera de lo habitual y lo aceptable, y, por tanto, una vez más, aspectos en los que muchos podemos reconocernos, algo que también sucede con las responsabilidades más triviales («cuanto más culpable me siento de estar incumpliendo los plazos, menos ganas tengo de trabajar»). Todo es ficción, por supuesto, pero también es obvio que éste es un libro que Sergi Pàmies necesitaba escribir, para cerrar cosas íntimas. Aquí es donde el escritor se traduce a sí mismo, y no lo digo por la versión que ha hecho desde el catalán.